

el perro, el ratón y el gato...

semanario
de las niñas.

29

los chicos los bi-
chos, las muñecas

DECIDIDAMENTE CADA
VEZ ME ESTOY VOLVIENDO
MÁS FINO Y MÁS EDUCADO,
NIÑOS...

VOY A COMPRARLE
A TRESPPELOS UN
BONITO TAZÓN PA-
RA QUE TOMÉ
SU LECHECITA...

LOZA

ES UN PERRO TAN
ELEGANTE Y TAN FI-
NO QUE ME DA VER-
GÜENZA DARLE DE
MERENDAR EN LA
COCINA...

AHORA CON ESTE TA-
ZÓN TAN MONO YA
PUEDE MERENDAR EN
LA SALA...

¡QUÉ CHISMECITO
TAN FLAMENCO!...

el perro trespelos

ME DA LÁSTIMA ENSUCIAR
CON MIS HOCICOS UN CACHA-
RRO TAN LINDO, HOMBRE...

MINURA.

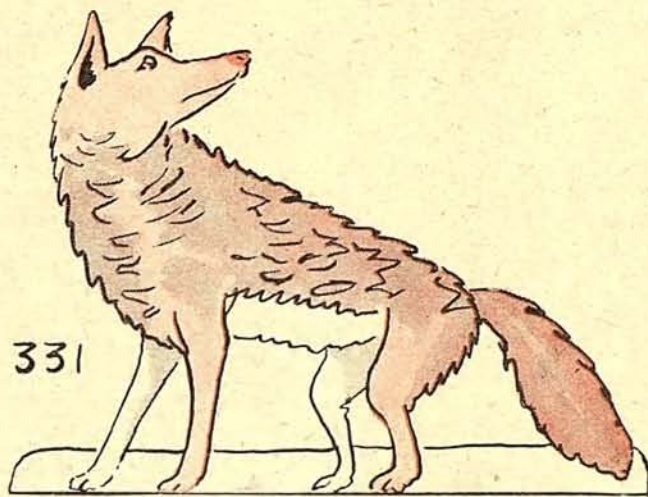
40
cts



329

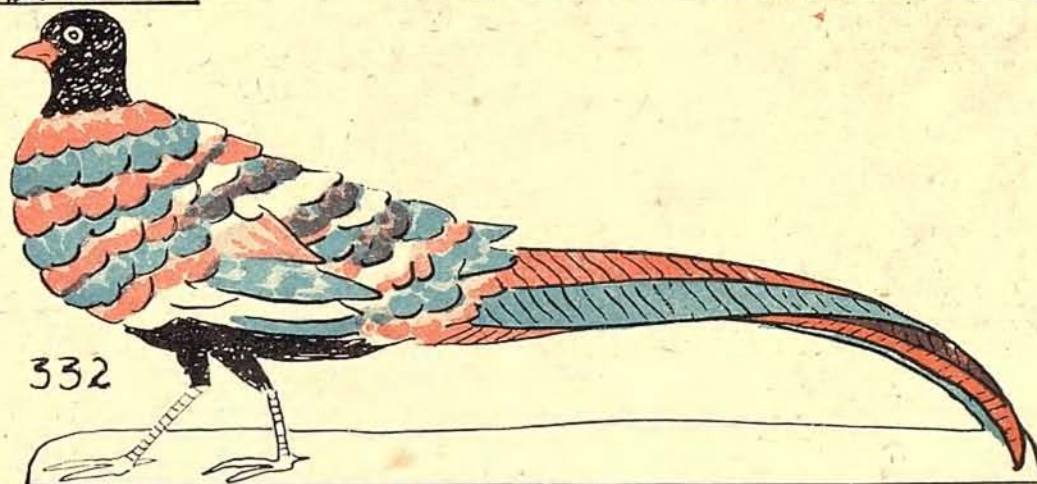


330

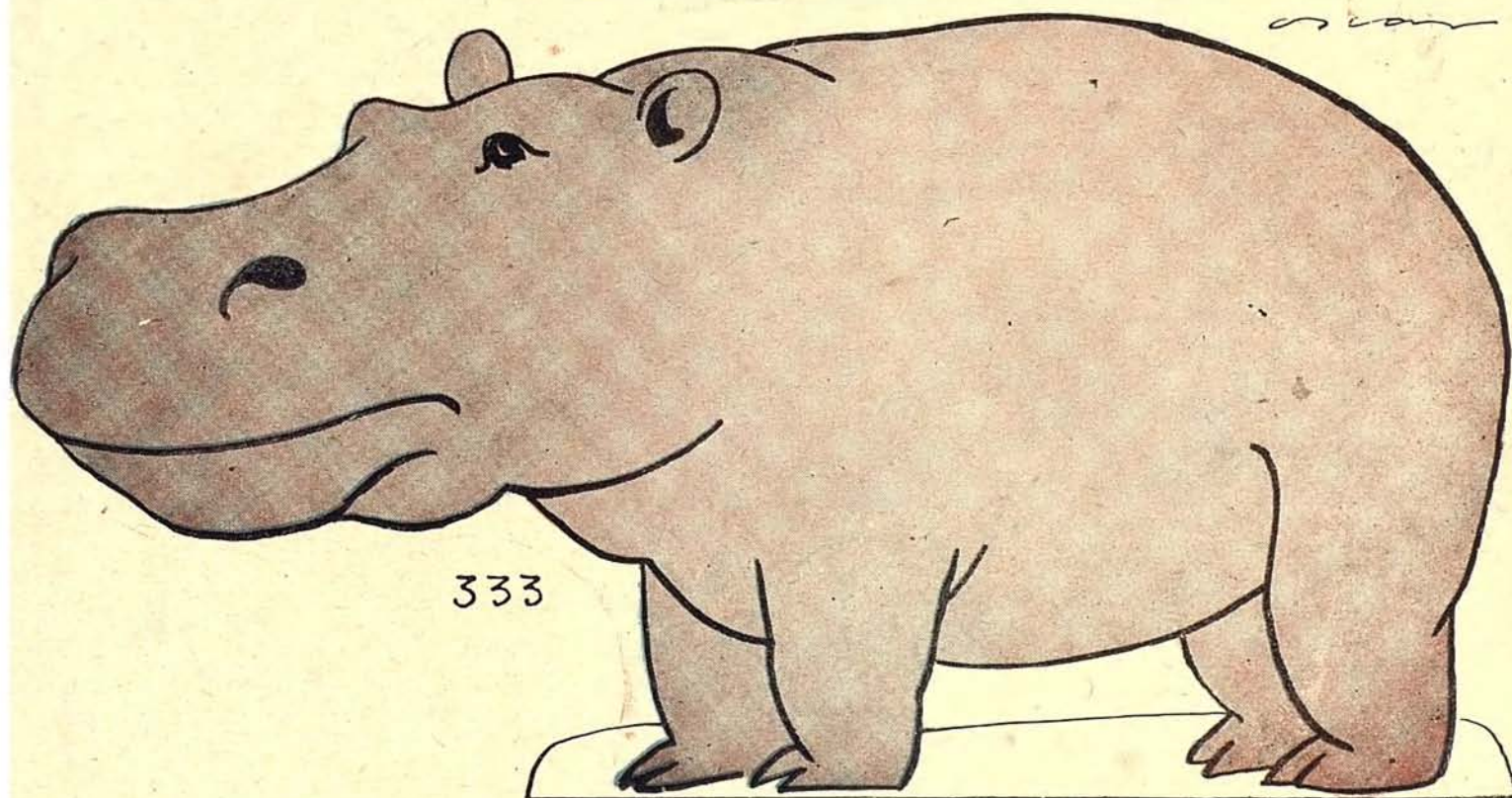


331

(VÉASE LA
PÁGINA SI-
GUIENTE)



332



333

el perro,
el ratón y
el gato...

Todos los animales de Villacaballos de Cartón

TERCER PLIEGO (seguimos con la casa de fieras villacaballense).—329 y 330. Aguilas: la *Carnicera* y la *Plateresca*. La primera, antes de ser enjaulada, se llevó a su jaula un maniquí de sastrería, creyendo que era un hombre.—331. El chacal *Chacachaca*, que se da cuenta de que la gente le odia, y tiene cara como de odiar unas veces, otras de pedir perdón.—333 (buen capicúa). El hipopótamo *Capicúa*, regalado a Villacaballos por el Príncipe PP, de una cacería.—(Dibujos de Oscar.)

CARTA DEL ÁGUILA

Sr. D. Cacerolo Reptil.

Muy señor mío: Tengo mucho gusto en contestar a su atenta, pidiendo informes de mi vida.

Soy, como usted sabe, ave rapaz, atrevida y guerrera para vivir. Gasto pico robusto y corto, capaz de doblar de un chasquido los huesos de usted.

Por cuanto a mis garras, son tan firmes y recias, que parecen ganchos de hierro donde poder colgar espuelas con ladrillos.

Mis costumbres son un poco hurañas. No andamos en pandillas ni anidamos en vecindades. Cada pareja se busca una buena roca en lo alto de un risco, y allí se hace el nido, bien apartadas de todo.

Nuestros hijos, llamados aguiluchos, están tres meses sin moverse del nido. Y no hay niño que pueda compararse con ellos, por muchas sopas, chocolates, bombones y galletas que se coma.

En la época en que los aguiluchos están en su casa antes de lanzarse a volar, sus padres hemos de llevarles una enorme cantidad de carne, consistente en conejillos, liebres, perdices, patos, ratones, corderitos... ¡y hasta algún jabalí pequeño!

Se dice que también hubo compañera mía que se llevó niños pequeños al nido. Y aunque la cosa parece una gran mentira, sin embargo, es posible.

Prueba de lo fuertes que somos, es que los hombres nos admiran y nos pintan repetidas veces en sus escudos. Ya ve. Y eso que nos "hinchamos" de comerles gallinas, que suben como en aeroplano hasta nuestros altos nidos.

Vivimos por lo general más de cien años, que ya es vivir, y una de las cosas más bonitas que tenemos son los vuelos, tan circulares, tan suaves, ¡tan altos, tan altos!...

Hay varias clases en nuestra familia. Una, por ejemplo, es el águila ratonera, que se calcula que come anualmente, sólo entre una pareja y sus dos hijos, unos 60.000 ratoncillos del campo, de los que estropean las cosechas.

Otra variedad curiosa es el águila volatinera, que va por el cielo dando volteretas, rizando el rizo y jugando todo el tiempo.

Me pide usted una anécdota, y lo que haré será contarle una fábula de mi abuela, donde se ve que somos algo altaneras.

Un escarabajo oyó a un conejillo que pedía auxilio desde las garras de mi abuela, y pidió compasión para el animalito. Pero el águila no le hizo caso y se comió el gazapo.

Entonces el insecto subió al nido, y pacientemente tiraba todos los huevos que el águila ponía. Esto ocasionó gran dolor al ave, que pidió auxilio al dios Júpiter, y le dejó nuevos huevos en su tónica cuando estaba sentado.

Pero el escarabajo, que era pelotero, dejó una pelota en el mismo sitio. Le dió asco al dios, se lo sacudió y los huevos se hicieron tortilla.

Ya ve cómo hasta la reina de las aves lleva sus castigos.

EI AGUILA REAL

CARTA DEL CHACAL

Sr. D. Cacerolo Reptil. Naturalista.

Distinguido señor: ¿Le interesa a usted cómo somos los de ésta su casa? Pues algo le diré, con mucho gusto.

¿Tamaño? Mayores que las zorras. ¿Pelaje? Fuerte, a veces algo rayado, y más o menos amarillento. ¿Sociables? Entre nosotros, sí, ¡ya lo creo! Vamos en bandadas; nos une el hambre.

¿Qué comemos? Lo que podemos. Somos famosos porque nos gustan las carroñas, que son la carne de personas o animales muertos. ¡Vaya si nos gusta!

Pero dígame al hombre que también nos gustan las liebres, los conejos, las perdices, los melones, todas las frutas... Y eso quiere decir que en ocasiones tenemos el mismo paladar que él; así es que no se meta con nosotros.

Además, algunos moros, aun sabiendo que nos gusta tanto el cadáver, nos comen sin apreciación alguna.

En las fábulas de Marruecos, nosotros tenemos el papel que en las de España tienen los zorros: la astucia. Y es que a veces entramos en las huertas a por el fruto, y a veces comemos gallinas y corderos.

En algunas aldeas de la India, por su religión, dejan los cadáveres en el campo, sin enterrar. Y como los chacales somos animal de noche, y en la noche damos nuestros alaridos, los ingleses que visitan la India dicen que decimos: "¡Indio muerto!" Y los otros chacales contestan con un ladrido, diciendo: "¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde?..."

¿Que qué hacemos de día? Meternos a descansar en algún agujero, hecho por nosotros o encontrado hecho. Y allí guardamos también nuestros hijos, que son muy numerosos. Llegamos a tener hasta catorce chacales chiquitines. Parece un colegio.

Mire usted si somos vivos, que como no tenemos demasiada fuerza para cazar burros, vacas y todas esas cosas que nos gustan tanto, a veces seguimos a los leones, y divinamente. Ellos se encargan de matar, y de comerse las mejores tajadas. Pero dejan los restos, como los señores, y allá vamos nosotros, a roer los huesos con nuestros dientes afilados.

En resumen: el chacal es un animal que da alaridos por la noche y se come los muertos. Esto es bastante para que se nos tenga asco.

Seguramente los niños no querrán creer que somos parientes cercanos de los perrillos que duermen debajo de sus camas.

Reciba usted un abrazo—pero recíballo sin miedo—de su amigo

PACO EL CHACAL

CARTA DEL FAISÁN

Señor de Cacerolo: Con mucho gusto contaré a usted lo que el faisán es en el mundo, aunque se puede referir en una palabra. El faisán es un *pim-pam-pum*.

Pero me explicaré.

Los faisanes tuvimos nuestra natural patria en las proximidades del Mar Negro. Mas el hombre vió que era muy a propósito para sus diversiones de caza, y desde el siglo XI está aclimatándonos en Europa, lo que se hace con bastante facilidad.

En los bosques particulares y de recreo nuestra presencia se va haciendo precisa. Y cuando más aristocrática es la cacería más se agradece la aparición de los faisanes. Siquiera tenemos este orgullo: somos *pim-pam-pum* de las cacerías importantes.

Tengo unas lindas plumas en la cola, que si no son tan bellas como las del pavo real—mi pariente—tampoco son despreciables.

La forma que tienen los europeos para aclimatarnos en sus posesiones de caza es enjaulándonos en grandes pajareras a un macho con cada seis o siete hembras, como en los gallineros, y poniendo en el suelo grandes ramas, porque las faisanas se ocultan para poner.

Cada una pone veinte o treinta huevos, y luego hay que encargar a unas cuantas gallinas lluecas para que ellas los empollen. Y cuando los niños se van haciendo mayores se les suelta en el bosque, como también a sus padres.

Donde más entusiasmo hay es en Inglaterra. Y es bien triste para nosotros estas aficiones de los hombres. ¿Cómo nos cuidan y nos miman... para luego largarnos un tiro cuando cruzamos el azul del cielo tranquilamente!...

He de confesar que, aun cuando yo no soy feo, a pesar de ser "faisán común", otros hay mucho más lindos, como el "faisán venerado" y algunos más del Japón, y el "faisán dorado", y el "faisán real", de cola corta y plumas de preciosísimos colores: negro, azul, blanco, verde, violeta y rojo, todos con brillos metálicos.

En fin, somos un pájaro de paisaje chino, aunque nos pusieran gorra inglesa o sombrero cordobés.

Le saluda muy cariñosamente

ATANASIO FAISAN

CARTA DEL HIPOPÓTAMO

Señor de Cacerotele:

Distinguido y acreditado periodista de la infancia: Has pedido noticias de la vida de este animal africano, y este animal africano tiene mucho gusto en enviártelas en la presente carta.

Soy gordo, basto, feo, casi sin forma; parezco un pedazo de masa; tengo la cabezota gorda y las orejas ridículas, es verdad; pero llevo a tener, a veces, cuatro metros de largo, y de peso ¿cuánto tiras?... ¡Cerca de 3.000 kilos!...

¡Vaya un tío que soy, a pesar de ser tan feo!

Pero te contaré mi vida, que es lo que parece que te interesa.

¡Qué piel más gorda tengo! Ya me puedes dar palos, que no los siento. Lo malo son los tiros, que esos sí que me hacen cosquillas mortales.

Me paso el día en el agua, tranquilamente, perezosamente; y sólo a las horas de la siesta me subo a los islotes de arena, a tumbarme.

En cambio, de noche me salgo a la ribera, y me hincho de comer hierba, cañas tiernas, maíz... Las tribus africanas me preparan trampas para darme caza, no sólo porque les gustan con deleite mis numerosos kilos de carne, sino porque dicen que les destrozo por completo sus campos de cultivo.

¡Pobres negretes! ¡Qué rabia me tienen!

¿No sabes una cosa muy divertida que me pasa?... Pues que echo un sudor encarnado, que parece sangre. ¡Qué raro!

A pesar de lo pesadote que soy, corro bastante; y mucho más por el agua, y más aún por el fondo del agua, por donde camino cerca de cinco minutos sin salir a respirar.

Cuando voy nadando, apenas se me ve, porque sólo dejo fuera los ojos y los agujeros de las narices. Parece que voy escondido.

Otra cosa divertida de nuestra familia es lo que hacen las hembras con sus hijos, hasta que aprenden a nadar: los llevan en el lomo, tranquilamente tumbados. Como tenemos un lomo tan grande, casi van como en un trasatlántico.

No somos muy peligrosos para el hombre, al que hemos tirado pocas dentelladas; pero nos distrae mucho volcarle las canoas con nuestra espalda.

Hubo un hipopótamo famoso, que en el mismo sitio volcó seis embarcaciones pequeñas en pocos días.

Sería un deportista, ¿no te parece?

Recibe muchos besos del morro de

"JUAN FEO" (Hipopótamo)

Todo el pueblo de Villacaballos de Cartón

Pliego núm. 29.—Se completan en este pliego los Reyes Magos, que en el Almanaque de El P. R. G. tienen su comienzo. En este mismo lugar del número próximo ofreceremos a los lectoritos algunos de los juguetes que, cargados sobre sus jorobas, traen los camellos. 321. *Pitillejo*, camellero que dice que debían llevar los camellos con *sidecar*, para que cupieran más juguetes.—322. El camello *Manolito*.—323. Otro criado, *Cincopelos*, que en los descansos saca juguetes y juega un rato.—324. El camello *Madriño*, muy gruñón todo el año, hasta cuando le echan el pienso; pero que cuando es para traer juguetes a los chicos viene encantado.—325. El camellero *Kipp*, que un día en que se les habían acabado todos los juguetes, puso en la ventana de un niño su faja de oro y plata y su reloj, que era casi una *patata* de grande, y en los zapatos de una niña una esmeralda que llevaba de broche en el cuello.—326. El camello *Jazz-band*, que se agacha para que se suba un criado, y luego se pone de pie para que lleguen a los balcones.—327. Baltasar.—328. Mariano García, español, que el año pasado se fué de servicio con los Reyes, y está con el Rey negro, por ser él blanco.—No se publica hoy villacaballense roto, que vendrá el próximo número.—(Dibujos de Oscar.)

Este ejemplar pertenece a



El Ratón Bombón

Recuerdo que cierto día comenzó a caer nieve. Yo no había visto nunca nevar, y me quitaba los copos con el rabo, creyéndome que eran moscas pegajosas.

XXIX.-La primera nevada que Dios envía

Aquel día me quedé dormido en el quicio de una ventanita baja, que era de un horno de pan, y por ella salía buen calor y buen olor.

Y por la mañana, cuando amaneció y me desperté, me encontré con una nevada tan terrible, que comencé a llorar. Pero un ratón viejo se rió de mí, y luego me tuvo lástima y me contó lo que era todo aquello.

El y yo nos pusimos a hacer galerías, y nos gustaba hacerlas por lo rápidamente que las terminábamos. ¡Qué diferencia de cuando tiene uno que hacer galerías en los tabiques! Jugábamos a ser topos de la nieve; porque los topos se hacen también estos túneles, pero en la tierra. Y cuando escuchábamos un *auto*, corríamos por las galerías que conducían a las bocas de los canalones y en ellas nos escondíamos para asegurarnos de no ser atropellados.

Recuerdo que dos señores se pusieron a hablar en medio de la calle nevada, y uno de ellos metió un bastón de modo que atravesaba de arriba a bajo una de nuestras galerías. Entonces el viejo ratón y yo nos atamos los rabos, echamos a correr, cogimos el bastón entre los dos, y el señor, que estaba apoyado, se cayó todo lo largo que era en la blanca nieve.

Pero lo más grande de aquella blanca aventura es que el alcalde, queriendo hacer nuevos cascos de invierno a los guardias, cogió uno viejo y dijo a su ordenanza:

—Toma este casco, llévale a la fábrica de sombreros y di que hagan cien iguales a él.

El ordenanza, sin fijarse en como era el tal casco, se lo puso en broma y salió a la calle. Y entonces unos guasones comenzaron a tirarle bolas de nieve.

Y ahí está lo malo: que uno de ellos me cogió dentro de la bola sin darse cuenta, me tiró al casco del ordenanza, le pegó, y este hombre comenzó a correr ligero como el viento, sin quitarse para nada el casquete.

Resultó, queridos amigos, que yo me había agarrado al gorro aquel al estallar la bola, y que no salté al suelo porque el golpe me dejó completamente atontado.

Cuando quise despabilarme algo estábamos en la sombrerería rodeados del sombrero y sus oficiales.

—Que hagan ustedes cien cascos como éste—dijo el ordenanza.

—¿Y con el ratón y todo?

—Cuando el alcalde me ha dicho que como éste, será que tengan que ser como éste.

—¿Y con olor a chocolate?

—Pues claro.

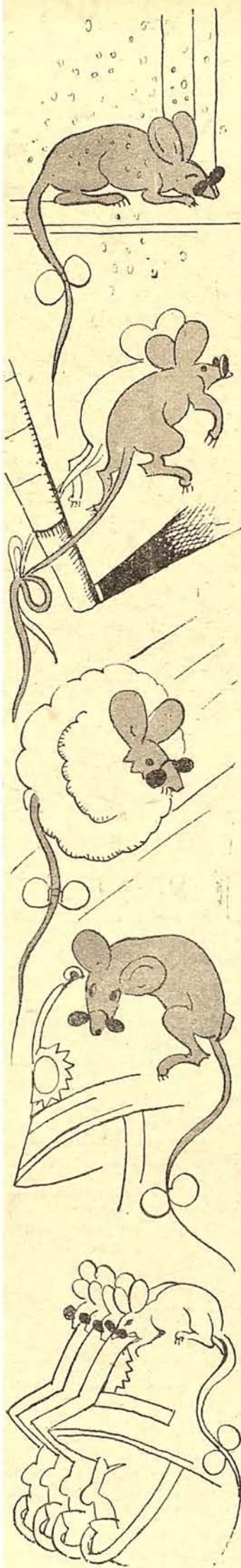
—¿Y con lentes y lazo?

—Todo igual, exactamente igual. El alcalde los quiere igual.

Yo lo oía todo, y no quería dar señales de vida, porque me cogerían. Entonces copiaron en un papel el casco, con mi retrato y todo, y el ordenanza se volvió con él.

Entonces yo salté a la nieve, sin que se enterara el hombre. Y es lo cierto que al cabo de un mes pasó el alcalde revista a los guardias, ¡y se encontró con los cien cascos, que llevaba cien ratones de trapo perfumados con chocolate!...

Yo lo presencié desde una rama ¡y qué risa pasé viéndole incomodado!...



Fué a palacio Margarita

CUENTO, por E. CORREA CALDERÓN

Margarita tenía en su cara el rubor de las manzanas maduras; su habla era cantar de pájaros, y su sonrisa el encanto del sol cuando nace.

Tenía quince años, quince rosas floridas.

En su corazón se unían la ternura de las tórtolas, el aroma de las violetas, la bondad de Dios y la hermosura de las piedras preciosas. Y todo su corazón se le salía a sus ojos claros. Bondad y alegría, porque era alegre como un cascabel.

Esto sucedía en el tiempo antiguo, en el País de la Felicidad.

En este país aun había castillos. Los guerreros iban a las batallas contra los infieles, y volvían triunfantes, con los estandartes erguidos, a los sonos de los clarines de plata.

También los juglares andaban por los caminos, y si se les daba un maravedí improvisaban canciones.

Margarita vivía con su abuelita. Pero si no se lo decís a nadie, voy a contaros un secreto. Aquella viejecita era una buena hada que andaba por el mundo. Un día encontró al abrigo de una puerta una niñita muy tierna, que habían dejado allí "olvidada" sus padres.

La cogió con mucho cariño, diciendo:

—¡Dios te traiga en buena hora!

La viejecita le puso Margarita de nombre, porque era blanca y dorada como las margaritas del campo.

No lloraba nunca, y sólo sabía sonreír.

Ya se había ido haciendo una mujercita, y entonces los juglares que pasaban y la veían le pusieron de nombre "Margarita la de la sonrisa de aurora".

¿Qué le faltaba a Margarita para ser feliz?

En su pobreza lo poseía todo, porque la buena hada que velaba por ella quería que viviese en la pobreza para que no tuviese orgullo de su hermosura. Tenía el oro del sol, la plata de la luna y la luz de su sonrisa, que iluminaba todas las cosas. Lo tenía todo y no sentía deseo de nada.

Pero ya tenía quince años... Es decir, ya tenía corazón.

—¿Y para qué nos da Dios el corazón?—la preguntó un día a su abuela.

—¡Ay, mi ángel, para querer a alguien!

Margarita no podía asomarse a la

ventana porque si la veía algún muchacho ya se prendaba de ella.

Un día la vió un príncipe joven, que pasaba con el halcón en la mano, y se enamoró perdidamente.

Le dió el caballo y el halcón al palafrenero que lo acompañaba y llamó a la puerta de la casa, con mucha soberbia.

Salió la vieja, y le dijo con malas pulgas:

—¿Qué me ofreces?—preguntó Margarita.

—Te ofrezco mis castillos, mis esclavos, mis perros, mis caballos, mi alcurnia...

—Aun más...

—Te ofrezco mis tesoros...

—¿Tienes corazón?

—No, eso no. Jamás tuve necesidad de él.

—Pues entonces...

—Pero es que estoy enamorado...

—¡No puedo! Vete.

Cuando quedaron solas le dijo la abuela:

—Cuidadito con asomarte a la ventana, que te pueden ver.

Margarita dijo que no lo haría más, y subió y se puso a bordar.

Al poco tiempo pasó por la calle un buhonero que llevaba siete camellos cargados de mercancía, gritando:

—¡Llevo joyas, telas y encajes!

Margarita abrió la ventana, porque toda mujer siente curiosidad, y el mercader la vió.

Llamó a la puerta y preguntó:

—¿Es en esta casa donde vive una muchachita de muy linda sonrisa?

Salió la abuela y le dijo:

—¿Y entonces qué quieres?

—Quiero..., quiero..., quiero..., que me compre alguna cosa.

—¡Ah, bueno! ¡Margarita! ¿Quieres que te compre alguna cosa?—le gritó la vieja a Margarita, que seguía bordando arriba.

Bajó a comprar hilo.

—¿Y cuánto tiene de dote?—preguntó el mercader.

—¿Por qué lo dice, señor?

—Porque me gusta mucho, y si tuviera algo de dote...

—No tiene más que su sonrisa.

—Pues aun con ese defecto. Llevándola por mujer vendría toda la gente a comprarme. Casi casi me convenía, con ese defecto y todo.

—¿Y usted, en cambio, que ofrece, señor?

El entonces dijo:

—Tengo sedas de China, lanas de Cachemir, encajes de Brujas y Camariñas, lienzos de Holanda y de Padrón, damascos y tisúes, espejos. Tapices de Oriente, collares de coral y de perlas de Ceylan, diamantes negros, mayores que ojos. Esencias finas. Gorras para ni-



—¿Quién llama de este modo a la puerta?

—¡Soy yo, el príncipe Rinaldo el Gentil!

—¿Qué quieres?

—Vengo enamorado de una muchachita rubia que me sonrió...

—Esa muchachita rubia que te sonrió es mi nieta.

—Vengo enamorado de tu nieta.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace poco. Basta. El amor puede nacer en una mirada.

—¿De qué modo estás enamorado?

—¡Estoy enamorado para siempre!

Entonces la vieja llamó a Margarita.

—¡Margarita! Baja un momentito.

Bajó Margarita, sonriendo.

—El príncipe Rinaldo el Gentil quiere casarse contigo.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

con su sonrisa bonita

DIBUJOS de ARISTO, TÉLLEZ

ños. Quiriquís. Cascabeles. Cofres de sándalo para guardar secretos. Diademas dignas de reinas. Brazaletes de plata. Ajourcas de oro. Chapines de raso. Jaulas para grillos...

—Bueno, bueno, basta ya.

—Tengo...

—Basta, basta.

—Voy a enseñárselo todo.

Fué abriendo sus cajas, y delante de los ojos asombrados de las dos mujeres, fué enseñando toda su riqueza.

Estuvo mucho tiempo enseñando aquéllo. Así que terminó le preguntó Margarita:

—¿Nada más?

—Es toda mi vida, mi única riqueza.

—¡Si tuvieras corazón siquiera!

—No, eso no. ¿No ves que no me queda tiempo para pensar en eso?

—Tampoco te quedará para querme.

—Es que estoy enamorado de tu sonrisa.

—¡Qué le voy a hacer!

Como no sabía el modo de despedirse, preguntó:

—Entonces ¿no quieres nada más?

—¿Una vara de lienzo?

—Nada, nada. Tenemos alegría en nuestra pobreza.

Cuando llegó la noche, Margarita fué a la fuente por una ánfora de agua.

Bajaba por el camino blanco de la montaña, entre los álamos que temblaban al atardecer, el pastor del rebaño del pueblo. Al verla—jamás la viera—quedóse prendado.

—¡Qué linda flor!—le dijo.

—Me llamo Margarita.

—¡Qué bonita sonrisa tienes!

—No lo puedo remediar.

—¿Te quieres casar conmigo?

—¿Y qué me das?

—¡Te doy mi soledad!

—Poco das.

—Te doy mi choza en una roca. Te daré con el tiempo los corderitos blancos y tiernos, para que juegues con ellos.

—¿Y tienes corazón?

—Se quedó yerto en una noche de helada. Como no tenía calor de nadie...

—Pues entonces...

—Es que me hechizó tu sonrisa...

—¡No puede ser!

Se fué el pastor detrás del rebaño, cantando una melancólica canción del país. Margarita lo siguió con la mirada.

Cada día, Margarita se ponía más bonita y gentil, pero se le entristecían más los ojos.

—¿Qué tienes, hija mía?

—¿Qué he de tener, madrecita?

—Cuéntame ese secreto.

—Es que pienso que me voy a quedar soltera...

La vieja se echó a reír, diciéndole:

—No pienses en eso, que ya vendrá si ha de venir.

—¿Quién? No sé lo que deseo...

En esto llamaron a la puerta.

—¿Quién va?

—¡Denme un poquito de agua, que vengo de lejanas tierras!

Era un bohemio joven y gallardo.

Bajó Margarita y le dió a beber por el cuenco.

El se detuvo a mirarla. Margarita le preguntó:

—¿Viene de muy lejos entonces?

—Yo pasé por todos los caminos, llevando la alegría para los demás. En las bodas canto los versos nupciales, en las fiestas familiares improviso los versos festivos, para los guerreros que vuelven del triunfo hago epinicios sonoros, para los enamorados hago serenatas de pasión, para las muchachitas rubias tengo siempre mi ofrenda lírica. Yo soy el Poeta en la vida. ¿Sabes qué es ser Poeta? Soy el caminante, el hombre triste que va esparciendo alegría para los demás.

Calló, entristecido.

—Pero ¿para qué hablarte de mis penas? Tú serás feliz, y yo vengo a entristecerte. ¿Cómo te llamas?

—Margarita—y se puso colorada de rubor como una rosa—. ¿Y para qué lo quieres saber?

—¡Para llevar conmigo tu recuerdo.

El poeta tenía la frente clara, largos cabellos negros, los ojos oscuros y profundos y su voz cantaba.

—Margarita, ¡tienes un nombre inolvidable! Te voy a decir lo que yo ansío: alegría, sol y virtud, en una muchacha sonriente.

—¡Qué cosas bonitas dices!

—Salen de mi corazón.

—¡Ay! ¿Tú

tienes corazón?—y se le pusieron más bermejas las mejillas.

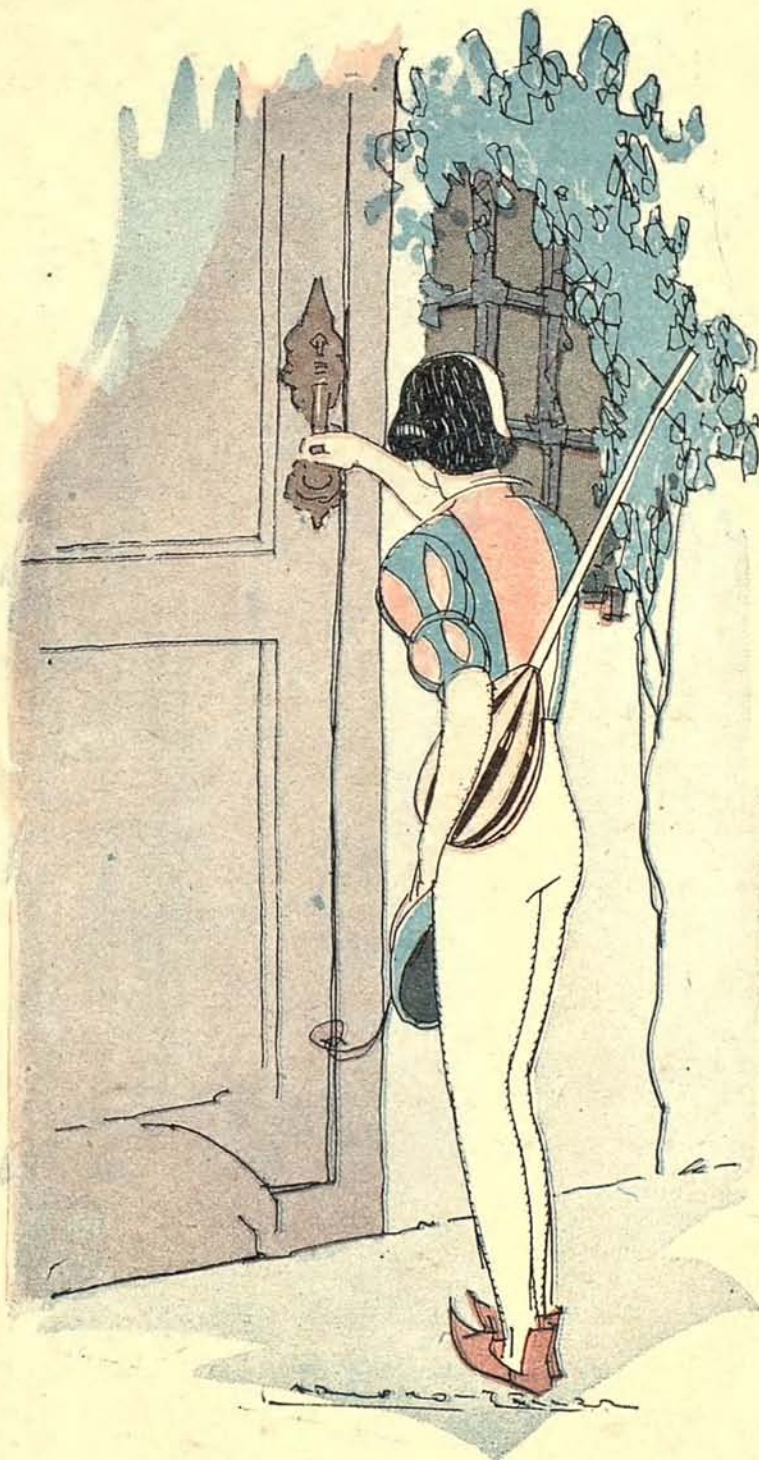
—Por tenerlo soy poeta. Me llena todo el pecho. No se puede vivir teniendo corazón. Es una enfermedad que hay que ocultar con vergüenza. ¡Pobre del que tiene corazón!

—Yo esperaba a alguien...

—Me voy entonces...

—Aguarde un momentito aun...

—Me voy. Solamente tengo corazón y es bien poca cosa para podértela ofrecer. Las mujeres aspiráis a un príncipe, a un mercader o a un pastor. Jamás a un poeta. ¡Y un poeta tiene tantos tesoros en el pecho! Quien sea mi amada ha de seguir mi vida errante por todos los



el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



Fué a palacio Margarita con su sonrisa bonita

países, ha de ser rica o pobre, según lo sea yo. ¡Si yo tuviera el oro del rey! Pero soy un pobre poeta peregrino... Ahora quisiera tener algo divino para podértelo ofrecer. Te lo hubiera ofrecido todo, mi vida y mis tesoros. ¡Tienes una sonrisa luminosa!

—¡Ay de mí! ¡Tú eres a quien esperaba!

—Si yo soy a quien esperabas, ¿te quieres casar conmigo?

Ella bajó la cabeza y el poeta le dió un abrazo.

La vieja, que había oído todo, bajó despacito, llegó hasta ellos, y le dijo:

—Seas bienvenido. Te entrego una margarita inocente y sencilla como las del campo.

A los pocos días se casaban para siempre.

Pero he ahí que se puso enfermo el rey.

El rey del País de la Felicidad era un rey bueno, muy viejecito, con unas largas barbas blancas. Todos sus súbditos le querían la mar.

Una tarde, rodeado de sus cortesanos, se dió cuenta de que no había pensado en quién iba a sucederle.

Como aún tenía sentido, les dijo a los que lo rodeaban:

—No tengo hijos ni sobrinos ni cosa que se le parezca. El único hijo que tenía desapareció cuando era niño. ¿Quién ha de sucederme?

Todos lo miraron con ambición mal disimulada, diciendo para sus adentros: "¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!"

Como nadie contestaba, dijo el rey, que era muy travieso y muy pillo.

—Como ninguno de vosotros quería ser rey...

Los cortesanos se reían con risitas de conejo, diciendo:

—Bueno... Sí... Verdaderamente... Ya que V. M. lo quiere...

—Como ninguno de vosotros quería ser rey... y como ninguno de vosotros serviría para serlo, voy a nombrar una reina.

Se puso a hablar en voz baja con su copero mayor, que era en quien tenía más confianza.

A las pocas horas andaba por la calle un pregonero:

"¡Tararí! Su Majestad el rey—que Dios guarde muchos años—nombrará reina a su muerte a la mujer de su reino que tenga la más bonita sonrisa."

"Las que pretendan ser nombradas deberán acudir al Palacio Real, desde las diez de la mañana, todos estos días. ¡Tararí!"

Al otro día el Palacio Real estaba

lleno de mujeres. Todas querían ser reinas, y se tiraban de los pelos.

Al oír el pregonero, el poeta le había dicho a su mujercita:

—¿Y por qué no vas? Ve, mujer, ve. El rey se quiere divertir, pero quizá...

Cuando el Salón de Actos de Palacio estaba ya lleno de mujeres, salió el rey y se sentó en el trono, que era todo de plata, y les dijo:

—Os mandé venir, porque quiero dejar sucesor antes de morir. El único hijo que tenía me lo robaron hace ya mucho tiempo, cuando era pequeñito. Vosotras sabéis que ofrecí la mitad de mi reino al que me lo trajera. ¡Ya debió morir!... (*Rumores.*) Pues bien. Se elegirá reina a la que tenga la sonrisa más bonita. ¿Creeréis que estoy loco? (*Risas.*) Pues aún tengo sentido. La sonrisa es la misma alma que sale a los labios. Quien tenga una bella sonrisa tendrá un alma buena. Y para gobernar el País de la Felicidad basta con tener un alma buena. He dicho. (*Grandes aplausos.*)

Inmediatamente, por delante de un tribunal de graves doctores barbados, comenzaron a pasar los cientos de mujeres.

Los doctores, al verles la cara, les decían muy finamente:

—Pueden ir saliendo, que ya les llamaremos.

Estuvieron pasando noche y día, durante diez días, todas las mujeres del rei-

no. Como sucede siempre con las mujeres, todas se creían las más guapas.

Los doctores, de entre todas ellas, solamente apartaron cinco. Una, tenía la sonrisa de oro. Otra, la sonrisa de esmeralda. Otra, la sonrisa de rocío. Otra, la sonrisa de rubí. Otra, la sonrisa de aurora, que era Margarita.

Cuando se fueron las demás, bajó el rey de sus habitaciones, y se puso a mirarlas con detenimiento. Después de dar muchas vueltas por delante de ellas, dijo:

—Todas me gustan mucho, pero esta me gusta más. Esta será la reina del País de la Felicidad.

Señaló a Margarita y le dió la mano. Después la llevó al balcón de palacio, que daba a la calle más principal, y la mostró al pueblo, que estaba esperando.

El pueblo se alegró muchísimo, porque todos querían bien a Margarita y porque ella se hacía querer. Solamente algunas mujeres no se marcharon del todo conformes.

Cuando estaba en el balcón, Margarita se desvaneció de emoción en los brazos del rey. Entonces el rey dijo a las otras escogidas:

—Vosotras seréis sus azafatas.

Entre todas la llevaron al lecho, y mandaron a buscar al poeta. Al llegar se quedó muy sorprendido, pues aún no sabía nada.

Al ver a Margarita desmayada, la besó en la frente, y le dijo:

—¡Despierta, luz de mis ojos!

El rey, que andaba por allí, se puso a cavilar.

—¡Cómo se parece el poeta al hijo que yo perdí! Me hace recordarlo. Parecen los mismos ojos. Si viviese tendría la misma edad...

Fué junto a él, y le preguntó:

—¿Dónde naciste, poeta?

—Yo soy un hombre sin patria. No sé donde nací. Recorría todo el mundo con una caravana de gitanos. Ahora vengo de la India, de Persia, de Rusia, de Hungría, de Italia...

Entonces la buena hada que había recogido a Margarita, va y le dice al oído:

—Señor rey, no se olvide de que su hijo tenía en el pecho un trébol de cuatro hojas...

—¡Ah, es verdad!

El rey se acercó al poeta, y le preguntó:

—¿Tienes alguna señal en el pecho?

—Tengo sobre mi corazón un rojo trébol de cuatro hojas. Yo fui siempre el mensajero de la felicidad...

Aquel día hubo fiestas e iluminaciones en el Palacio Real, y tres años después el rey viejecito jugaba en los jardines reales con un nieto que aún no se tenía bien...



N I Ñ O

DEBES ADQUIRIR
EL

ALMANAQUE

DE

el perro,
el ratón y
el gato...

que tiene 17 cuentos, 10 historietas, un nacimiento y muchos muñecos recortables, concursos, chistes a montones, saladísimos dibujos y el juego de Don Caperuzo.

¡Y todo eso vale solamente
UNA PESETA!!!

el perro,
el ratón y
el gato...

¡OJO! - ¡OJO! - ¡OJO! - ¡OJO!

El perro, el ratón, el gato y el medio de locomoción

Comienza ahora otro concurso para lucir los dibujos maravillosos de nuestros lectorcitos, en vista del exitazo conseguido por el de la persona, el animal y el mueble, que ha llegado a tantos concursantes.

En el nuevo concurso, lo que ha de dibujarse es un medio de transporte ("auto", barco, "bici", "moto", patineta, aeroplano, tren, etc.), y, además, a Trespelos, Bombón o Adivino; uno de los tres, y todo lo que el niño quiera añadir.

He aquí las bases, que habéis de leer con mucha atención, antes del envío, si no queréis que el dibujo se nos caiga en el cesto:

- 1.ª Cada uno de los dibujos vendrá acompañado de un CUPON.
- 2.ª Sus cuatro lados tendrán exactamente SIETE CENTÍMETROS cada uno.
- 3.ª Estarán dibujados con tinta muy NEGRA.
- 4.ª Tendrán un medio de locomoción cualquiera (automóvil,

barco, bicicleta, globo, motocicleta, patineta, trineo, aeroplano, tren, etc.) y uno de los tres famosos Trespelos, Bombón o Adivino. 5.ª Se acompañará muy CLARO el nombre y señas. 6.ª Pondréis en el SOBRE la siguiente dirección: "EL P. R. G. (Dibujos). Apartado 33. Madrid." 7.ª Entre los que hagan los dibujos mejores y los dibujos más graciosos, regalaremos preciosos premios.

Ejemplos de lo que hay que mandar: una niña y Trespelos en aeroplano; un niño en patineta y Bombón corriendo detrás; Adivino y una niña inflando un globo; Trespelos en "bici" y un chico poniendo la gorra para que la pise, etc., etc. En fin, lo que os parezca.

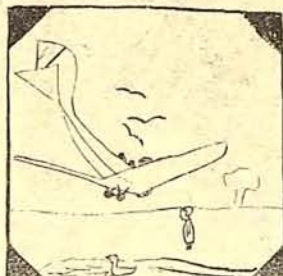
Hoy se publican todavía dibujos del anterior concurso, y en el próximo número vendrán los cupones.



692.—Caridad San Román.
Madrid.



693.—Josefina Gruretago-
gena.
Santander.



694.—Alfonso González.
Madrid.



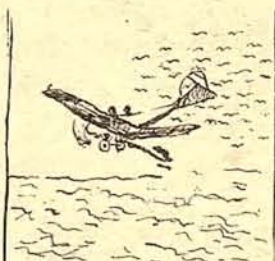
695.—P. C.
Madrid.



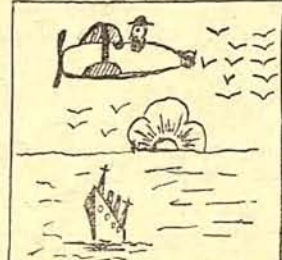
696.—Fernando Moraleja.
Barcelona.



697.—Manuel San Román.
Madrid.



698.—José Viana.
Madrid.



699.—Francisco Hernanz.
Segovia.



700.—Francisco Hernanz.
Segovia.



701.—Juan Manuel Vallarino.
Alcalá de Henares.



702.—Juan Manuel Vallarino.
Alcalá de Henares.



703.—Francisca Sánchez.
Zamora.



704.—Ofelia Santonja.
Madrid.



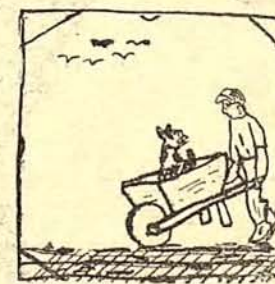
705.—Cándido González.
Orotava.



706.—Sarita Viñegla.
Madrid.



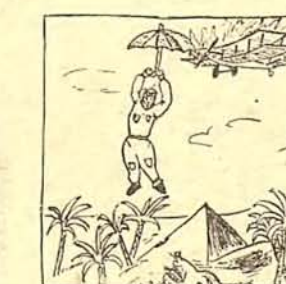
707.—Lino G. Rubido.
Santiago (Coruña).



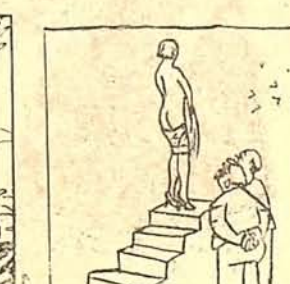
708.—Ofelia Santonja.
Madrid.



709.—Sarita Viñegla.
Madrid.



710.—Pedro Vidal.
Santiago (Coruña).



711.—Cándido González.
Orotava.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



**LOS PADRES
DEBEN LEER
LASSIGUIENTES
OPINIONES**

... Que el admirado Antoniorrobles no pierda nunca su alegría seria y su seriedad alegre. Mi mayor respeto lo merece por eso. Es el heredero de las verdaderas leyes, las naturales, y el centro de la mayor sociedad, la de los niños. El primer escritor infantil: incluso en el sentido del único. Pero por muchos que vengan detrás, será difícil que le oscurezcan.—RAMÓN PÉREZ DE AYALA.

La hermosa tarea de Antoniorrobles.... Por eso, a la vez que se alaba, cuando le tiene, el mérito de un escritor, si tiene preferencia por los que empiezan a vivir, se encomia su grandeza de ánimo y se ensalzan sus inclinaciones. — JOSÉ FRANCOS RODRÍGUEZ.

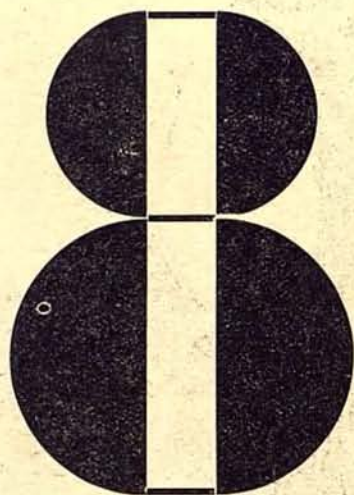
... Eso es Antoniorrobles: el San Cristóbalón moderno. Alto, fornido, gigantesco, apoyándose en la palmera literaria, carga a costas con todos los Niños de la Bola—que son todos los niños de España—y vadea, con ellos en los hombros, ese terrible océano del tedio infantil.

Y he aquí que Antoniorrobles realiza esa revolución infantilista según la fórmula de Rubén. Es "muy antiguo" y "muy moderno" al par. Recoge la ternura sencilla y clásica de Andersen y la nueva y compleja de Tagore.—CRISTÓBAL DE CASTRO.

Antoniorrobles es acaso el escritor joven de más segura y consciente personalidad, y el único que no le da aparentemente importancia a eso, ni que se da importancia. Juega. O mejor dicho, construye juguetes. Los chicos se los disputan, y nosotros, los profesionales de la pluma, admiramos el ingenio y la ternura, la comprensión, tan seriamente dedicados a cada uno de los juguetes.—FEDERICO GARCÍA SANCHEZ.

...Hay en estos cuentos una intuición feliz del mundo pequeño y engrandecido del chiquillo... — H. ALMENDRO (*Revista de Pedagogía*).

... En los cuentos de Robles hallo una porción de cosas de gran calidad.—JUAN DEL BREZO (*La Voz*).



CUENTOS DE NIÑAS Y MUÑECAS

POR ANTONIORROBLES

Es el libro de preciosas lecturas que poseerán todas las niñas. Además, guarda en un estuche ocho muñecas de color en cartulina recortable

TITULOS DE LOS 8 CUENTOS

- 1 La princesa, los bombones y el concurso de aviones.
- 2 La muchacha que, aburrida, dió a su reflejo la vida.
- 3 Si en el nido son felices se les debe a las raíces.
- 4 En una estrellita están dos muñequitas y un can.
- 5 La princesa que, no en vano, se dejó lamer la mano.
- 6 La cañita "picardía" mató a una muñeca un día.
- 7 Con la tierra hace mudanza y el cometa no la alcanza.
- 8 La niña quiere una cosa: convertirse en mariposa.

PIDASE EN LAS SIGUIENTES LIBRERIAS:

En Madrid: Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15. Librería Renacimiento. Preciados, 46 y plaza del Callao, 1. Librería Fe, Príncipe de Vergara, 42 y 44.—En Barcelona: Librería Barcelona, Ronda de la Universidad, 1.—En Sevilla: Librería Fe, Campana (junto a Sierpes).—En Zaragoza: Librería Fe, Paseo de la Independencia, 23 y 25.—En San Sebastián: Librería Fe, Avenida de la Libertad, 16.—En La Coruña: Librería Fe, Real, 24.—En Cuenca: Librería Fe, Mariano Catalina, 12.—En Cartagena, Librería Fe, Isaac Peral, 14.—En Jerez: Librería Fe, Larga, 8.—En Buenos Aires: Florida, 251.

**OPINIONES
PUBLICADAS
ACERCA DE
Antoniorrobles**

... Conviene leer los libros de Antoniorrobles...—JOSÉ DÍAZ FERNÁNDEZ (*El Sol*).

Lo que concede a Robles la primacía en el arte de contar cuentos para niños es el no haber dejado de sentirse él todos los días un poco de tiempo niño...—JOSÉ FRANCÉS.

... Hoy el niño español cuenta con un gran cuentista, a la altura de su sensibilidad vigente. Antoniorrobles es al cuento de niños lo que un avión sobre una verbená...—E. GIMÉNEZ CABALLERO. (*El Sol*).

... Y aquí está Antoniorrobles, escritor múltiple, que está haciendo, creando mejor dicho, una literatura española infantil... — ALBERTO INSÚA.

... Antoniorrobles, hablando a los niños, sí que puede preparar una generación de hombres para España...—DIONISIO PÉREZ (*Diario de la Marina, Habana*).

... Sus cuentos me han parecido entretenidos, y la dedicación de su excelente talento literario a escribir historias infantiles la encuentro de lo más plausible, aquí donde tanto se ha desdichado y olvidado a los niños.—JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA (*A B C*).

... Robles ha puesto en estos relatos su grande imaginación, también su infantilidad (espíritu poético), como asimismo su sentido preciso, para nosotros exacto, del niño, obteniendo con ello un tipo original, nuevo, de cuentos infantiles.—E. SALAZAR Y CHAPELA (*La Gaceta Literaria*).

... De aquí mi sincera admiración por este escritor que los hace maravillosamente, y creo que puede llegar a ser el Perrault de la literatura española...—DIEGO SAN JOSÉ (*El Liberal*).

... Y no los escribe como un ceñudo varón que consiente en endilgar a las criaturas unos aburridos sermones, llenos de ejemplos de moral y de sabiduría, sino que lo hace con ingenua espontaneidad...—R. MARÍA TENREIRO.

6 ptas.

6 ptas.



VÉASE la lámina en colores de la última página.)

En estas entrevistas que celebramos con algunos chiquillos, hemos tenido el gusto de hablar con Eduardito García de Sarro, de trece años, porque me gusta acercarme algunas veces a los que son algo mayores. Eduardo es buen chico: bastante estudioso, algo formal y muy aficionado a la mecánica.

Le pregunto que qué quisiera ser, y me responde: —Ingeniero de Caminos. Me gustaría mucho tener a mi cargo un puente importantísimo, de esos de hierro, en los que trabajan mil hombres; un puente para que pasen de montaña a montaña trenes expresos, a una altura terrible.

—Y si no tuvieras carrera, ¿qué serías?...

—Estaría en un taller de reparaciones de automóviles. Me gusta mucho encontrar la avería por el



El de las preguntas



El entusiasta de los puentes grandes y de juguete.

ruido, o abriendo el motor casi como el médico que va a hacer una operación.

—¿Y qué animal te gusta más?

—El "auto"—dice riendo.

—No, no; eso no vale.

—Entonces..., la cebra, por esas rayas tan marcadas. También me divierte el ratón *Bombón*, desde que le oigo los jueves por la radio en la sección infantil. Es que soy muy aficionado a la radio. Pero, claro, el ser *radioescucha* no es carrera...—y vuelve a reír Eduardito.

—Vamos a ver. ¿Te ha pasado alguna cosa curiosa con un animal cualquiera?

—No..., como no sea que una vez me pegué con uno en el colegio, porque estaba toreando una corrida de seis moscas sin alas, y el estoque era un hermoso alfiler negro.

—Bien; eso me gusta. *Chin* y *Bely* te lo agradecerán mucho. Ahora dime si tienes un juguete que te guste mucho o que le tengas cariño.

—Claro: un *Meccano* plateado, con el que hago trasbordadores, puentes, camiones, grúas y todo eso.

—¿Y alguna vez te has llevado un susto regularito?

—¡Ya lo creo! A unos amigos y a mí se nos volcó una barca en el estanque del Retiro, y si no están cerca otros, nos ahogamos. ¡Qué disparates se hacen cuando se pone uno un poco bruto!...

—¿Y en qué te gastarías las mil pesetas de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO, si te tocaran?

—En un *Meccano* de los grandes, grandes.

El tío Preguntón

—Yo creo que el señor obispo se pondrá bien muy pronto.
—¿Y qué tratamiento habrá que ponerle, doctor?
—Su Ilustrísima siempre. Es el tratamiento de los obispos.

EL partido Barcelona-Madrid. Hernández Areces da la señal de comenzar el encuentro, después de alinearse los equipos en la forma siguiente:

Deportivo Español.—Cabo; Saprisa, Moliné; Trabal, Solé, Pausas; Prast, Tena II, Edelmiro, Muñoz y Juvé.

Real Madrid.—Vidal; Torregrosa, Quesada; Prats, Esparza, Peña; Lazcano, Triana, Gurruchaga, Leoncito y Olaso.

Los primeros momentos son de presión catalana, despejando Vidal una situación comprometida con el puño y lanzando poco después Juvé, en buena posición, un tiro fuera. El Madrid, poco a poco, va entrando en juego y empieza Cabo a intervenir con gran frecuencia y acertadísimo. Detiene un gran tiro de Gurruchaga y otros dos de Leoncito. El dominio del Madrid es grande. No obstante, las arrancadas españolistas, por lo rápidas, son siempre peligrosas.

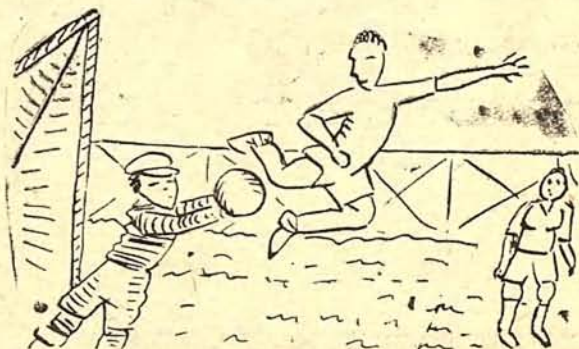
Reacciona el Español, que fuerza varios córners, que no alteran el marcador.

Momentos después escapa Lazcano, que pasa retrasado a Olaso, que cruza imparable el balón, que llega a las mallas españolistas; pero ante el asombro del público Areces lo anula por imaginario fuera de juego.

Cuando faltaba un solo minuto para finalizar esta primera parte, logran el primer goal.



El pollo guinda



Los últimos partidos futbolistas.

En el segundo tiempo el Español no se esfuerza en mejorar el tanteo, y, únicamente, al final hay un córner contra el Madrid, que Vidal, con grandes apuros, despeja el balón cuando parecía traspasaba sus líneas.

Cuando faltaban cinco minutos escasos se retira definitivamente Muñoz.

Y terminó el encuentro con la victoria madrileña por dos a cero.

Por el Español destacaron Solé, magnífico en el tiempo que jugó, y después Saprisa y Trabal.

Por los madrileños Leoncito, en el primer tiempo, y aceptable en el segundo. Vidal y la defensa, como de costumbre, y Lazcano, con más voluntad que acierto.

En fin, a veces la voluntad es lo que sirve.

El Barcelona luchó con el *Athlétic* de Bilbao. Sin embargo, le venció, 6 a 3 goles. Y en Oviedo lucharon el Oviedo y el *Athlétic* madrileño, y los asturianos pegaron a los de la corte, con 4 a 1, que ya es paliza.

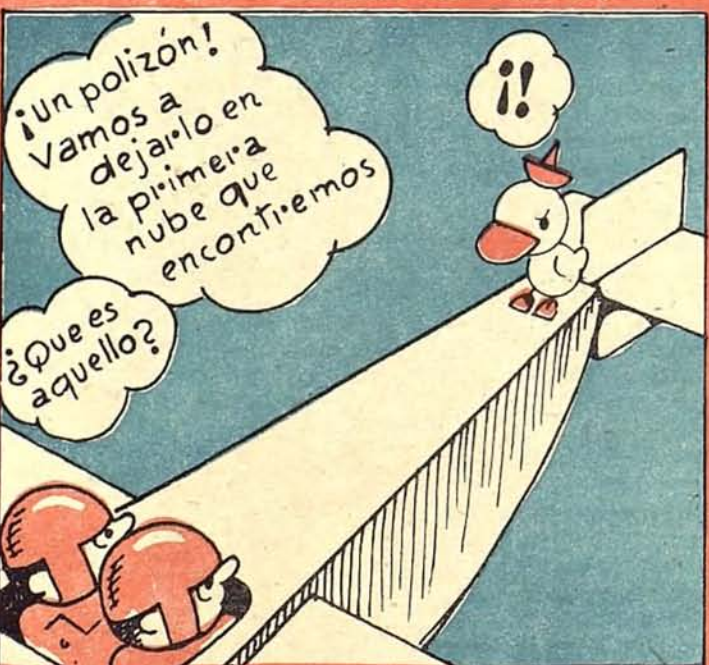
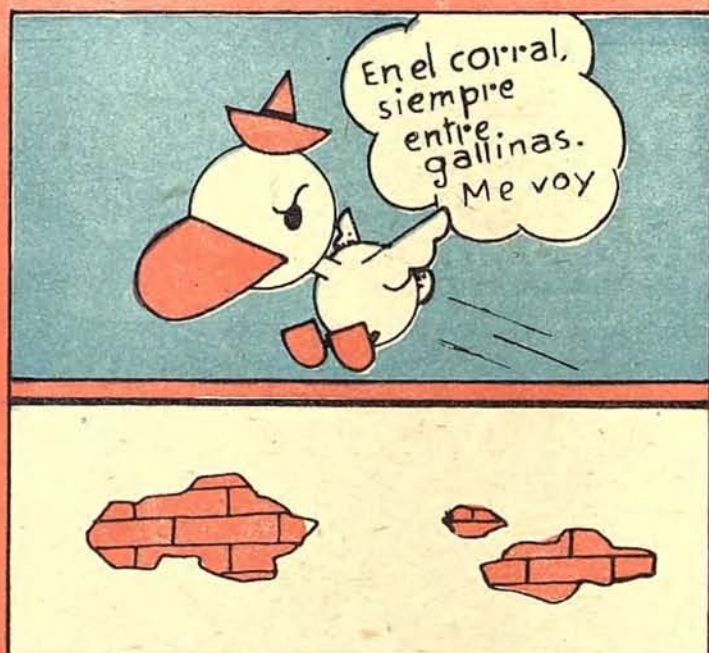
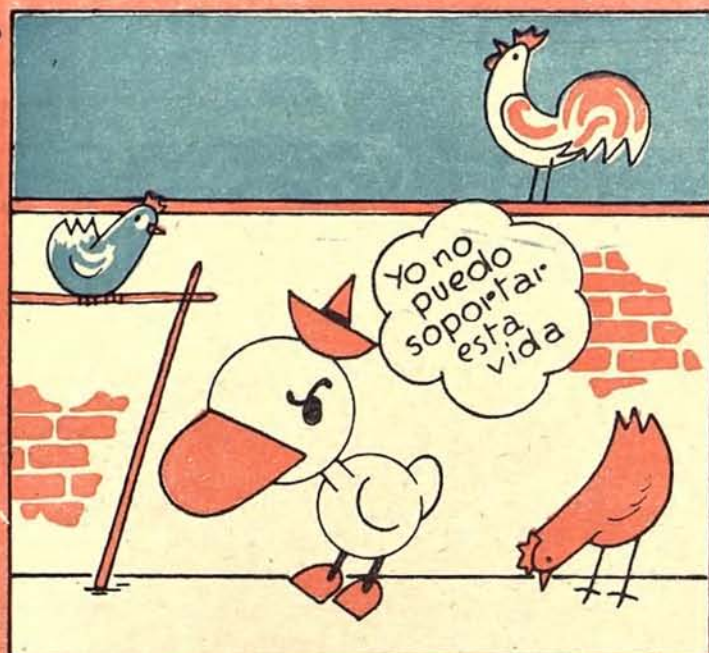
Han luchado las selecciones belga y francesa y han empatado. Si se encontraran con la española, estoy por asegurar que la ganábamos. ¿A que sí?

El pollo guinda

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

LOS SUSTOS DEL PATO FELIPE



el perro,
el ratón y
el gato...

El Niño Carloto Perrava a dar la vuelta a la Tierra

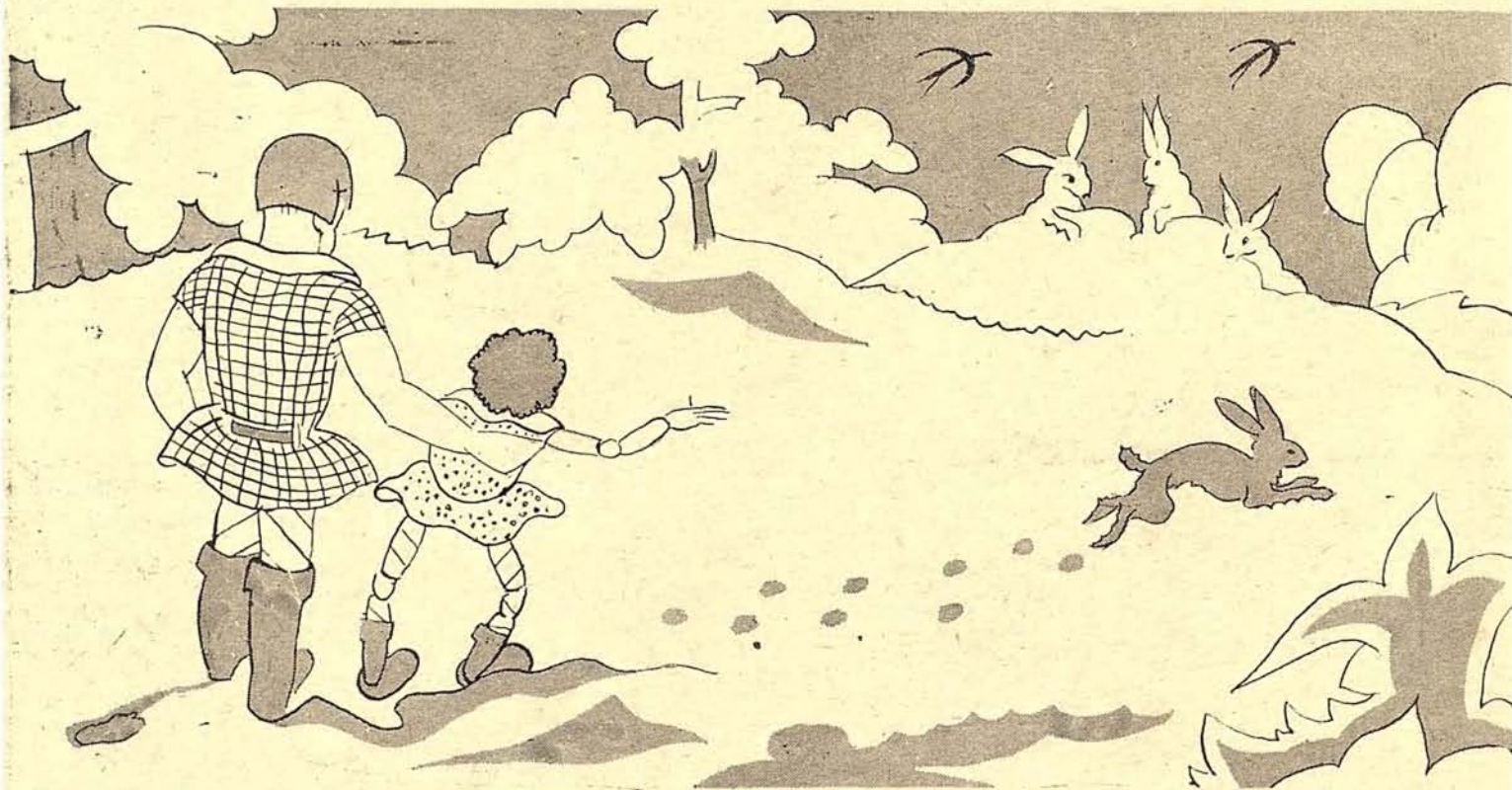


ROBLES-OSCAR

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

Los domingos de Chin y Bely



Estaba nevado. Todo hoy está nevado en El P., R. y G.: el Ratón Bombón, Carloto Perra y nuestra historia de la niña y la muñeca.

Estaba nevado el bosque, y no creais que por eso dejaron *Chin* y *Bely* de subir a él. *Bely* se puso botas y vendas en las piernas, y hasta se lo puso también a la muñequita,

Y se fueron dispuestas a divertirse. Y se divertieron, además, tirándose bolas con el elefante, que apuntaba con mucha gracia, llevándose la bola con la trompa a un ojo y guiñando el otro.

Se pusieron de nieve que daba gusto, y la niña gustaba tirarse de espaldas para dejar la huella de su cuerpo marcada en el suelo.

Un loro miraba de lado con un ojito al cielo, y cuando veía un copo grande se lo comía. Estaban un mono y él a ver quién se comía los copos más gordos. Y también *Bely* entró después en el juego.

Entonces *Chin* dijo secretamente a otro mono:

—Súbeme a ese árbol, que verás qué broma les damos.

Y, efectivamente, empezó a tirar, sin que la vieran, rebuñitos de lana blanca de la labor de *Bely*, y ellos los cogían, y de pronto empezaron los tres a hacer

ascos, porque tenían las hebras en la lengua. ¡Ahj!...

Pero no se incomodaron, porque sólo había sido una buena broma.

Hicieron con nieve una figura, que era copiando al elefante, con dos piedras por ojos y una ramita pelada por rabo, sólo con dos hojas a la punta. En esto llegó volando una paloma, y dijo a las hermanas:

—Si queréis hacer un bien, bajad hacia el monte bajo. Los conejos están llorando.

—¿Y por qué lloran?

—Lloran porque empezarán a venir en seguida los cazadores de los días de nieve, que, siguiendo las huellas de los conejos, los cazan muy pronto, porque en los días de nevada apenas pueden correr...

—Pues vamos allá.

Y fueron, y *Bely* escondió a todos los conejos en unas piedras, diciéndoles que en un día no salieran de allí aunque pasaran hambre. Sólo a uno le dijo:

—Tú sales ahora mismo de aquí. Das una vuelta muy grande a casi todo el bosque, y vienes a parar, por otro lado, aquí otra vez.

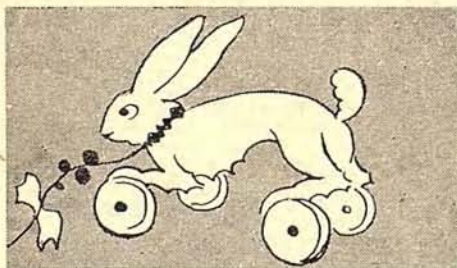
Así lo hizo el conejillo, de modo que dió la vuelta grandísima. Pero cuando la había terminado, *Bely* le cogió en alto, y quedaron las huellas terminadas donde habían empezado, y ya no se sabía dónde empezaban ni dónde acababan.

Quedaron todos los conejitos escondidos, y *Chin* y *Bely*, con ramas, borraron todas las huellas próximas al escondite. Sólo quedaron, pues, las de la vuelta grande.

Al poco rato empezaron a llegar los cazadores, separados unos de otros. Y como no vieron más huellas que las de la vuelta, las seguían, las seguían, las seguían, y daban una vuelta, otra, otra y otra, sin darse cuenta de que iban por el mismo sitio, porque no se les ocurría mirar más que al suelo.

Por fin advirtieron la burla y, avergonzados, retornaron al pueblo, separados unos de otros y jurando no volver para no exponerse a un ridículo semejante.

Para conmemorar este acto graciosísimo, fué *Bely* y compró a *Chin* un conejo con ruedas y lazo al cuello.



el perro,
el ratón y
el gato...

TINITA

FIN DE "LA JORNADA DE LA MUERTE"

expedición atrevida y sembrada de peligros.
mos a partir al romper la aurora para emprender una
sueño profundo que no vino a turbar la idea de que iba-
volvimos en nuestros serapés y nos entregamos a un
y corto tiempo después, Seguin, el doctor y yo nos en-
El Sol y su hermana se separaron de nosotros al fin,
llantez que imprime el amor.
Pasado un rato volvió, y pude ver en sus ojos la bri-
en nuestra discusión se levantó en silencio y salió.
abertura de la tienda. Cuando estábamos más empujados
da y que de vez en cuando levantaba la vista hacia la
unas sandalias. Note que su aspecto era de estar distrai-
La Luna estaba sentada al lado de su hermano cosiendo
cazador.
y una bolsa para la pipa colgada sobre el pecho de un
la luz que partía fuera de la tienda reconoció una blusa
mita el sitio que estaba ocupando sin levantarme, y a
tienda la sombra de un hombre. Miré, porque me lo per-
Mientras discutíamos observé sobre el lienzo de la
de asuntos por el estilo.
—Durante dos horas continuamos fumando y hablando

frido grandes privaciones, pero todo lo había soportado
sin arrepentirse, porque su amor a la ciencia no tenía
límites, y tal vez porque soñaba con triunfos futuros,
cuando expusiera su extraña flora ante los ojos de los
sabios de Europa. ¡Pobre Federico Reichter! Su espe-
ranza no era más que un sueño que jamás llegó a rea-
lizarse.

Terminó por fin nuestra cena apurando una botella de
vino de El Paso, del cual teníamos una buena provi-
sión. En cambio era abundante el aguardiente de Taos
que había en el campamento; y a juzgar por la algazara
que llegaba hasta nuestros oídos los cazadores lo consu-
mian en grandes cantidades.

El doctor sacó su gran "merschaum", Godé llenó de
tabaco su pipa de arcilla, y Seguin y yo encendimos
nuestros cigarrillos de papel.

—Decidme—dijo a Seguin—, ¿quién es el indio?, ha-
blo del que se ha mostrado tan hábil disparando a...

—¡Ah! El Sol; es un Coco.

—¿Un Coco?—pregunté sin comprender.

—Sí; de la tribu de los maricopas.

—Pero esto no me ilustra más que antes; ya lo sabía.

—¿Lo sabiais? ¿Quién os lo ha dicho?

—Se lo he oído decir a Ruben, que estaba hablando con
Garey.

—Sí, es verdad; debe conocerle.

Seguin guardó silencio.

—Vamos—continué, deseando saber algo más—. ¿Quié-
nes son los maricopas? Nunca he oído hablar de ellos.

—Es una tribu que se conoce muy poco; una nación
de hombres muy singulares. Son enemigos mortales de
navajos y apaches, y el territorio que ocupan está en
Gila. Son originarios del Pacífico, de las playas del mar
de California.

—Pero ese hombre tiene educación, o lo parece; habla
inglés y francés tan bien como nosotros, y aparenta
tener talento, inteligencia y buenos modales; en fin, es
todo un caballero.

—Es todo cuanto habéis dicho.

—No lo comprendo.

—Como veis, este es el camino más largo, pero también
es el que ofrece mayores ventajas. Encontraremos ma-
nadas de búfalos salvajes en Los Llanos, y podremos ase-
gurarnos de si ha llegado el momento oportuno occitan-
donos en las colinas del Pinon, que es donde se domina

—Sí, sí; este es el mejor camino, capitán.

territorio apache.

—Allí, volveremos hacia el Norte, donde se encuentra el

Oeste, a través de Los Llanos, hacia la misión. Una vez

creo. Nos dirigiremos hacia el Sur, y después por el

—Nos queda otro, que es el mejor de todos, según

mino nos queda?

—Es cierto, capitán; pero si vamos por la antigua

nuestro viaje sería inútil.

guerreros se hayan ausentado, no es difícil adivinar que

—Si llegaran a saber nuestro propósito, aunque sus

—Es verdad—dijo un cazador en español.

menos más cerca.

aproximación, aviso que les daría otro enemigo que te-

—Hay más que esto; no habríamos subido mucho por

Transcurrido un instante de silencio, añadió Seguin:

encuentran allí siempre algunos.

sin ser vistos por los espías navajos, de los cuales se

—Porque no podríamos pasar los pueblos del Pecos

ta los pueblos del Pecos.

los cazadores mejicanos—; conozco bien ese camino has-

—¿Por qué no hemos de ir por éste?—preguntó uno de

conduciría directamente a los pueblos de los navajos.

El primero es el camino del Puerto del Oeste. Este nos

les se puede penetrar en el territorio indio desde aquí.

Existen tres pasos—continuó por fin—por los cua-

observaciones que se os ocurren.

bado para llevarla a cabo, y espero que me haréis las

—Sabéis ya el objeto de la expedición, que habéis apro-

Cuando volvió el silencio, Seguin continuó:

—¡Viva el capitán!—¡Viva el jefe!

nerías en libertad!—¡Bravo!—¡Vamos a po-

dido con exclamaciones de "¡Bravo!"

—De ancas de rana.

—¡De ancas de rana!—repetí con disgusto.

—Sí, señor; ¿queréis que os sirva?

—No, gracias.

—Yo sí quiero, amigo Godé—dijo Seguin.

—¡Y yo también! ¿qué cosa tan buena!—exclamó el
doctor alargando su plato para que le sirvieran.

Godé, en una de sus excursiones por el río, había en-
contrado un pantano lleno de ranas, de las que se apo-
deró en número suficiente para condimentar aquel pla-
to. Yo no había dominado entonces mi antipatía nacio-
nal hacia las víctimas de la maldición de San Patricio;
por lo cual, con admiración de mi compañero de viaje,
rehusé probar aquel bocado exquisito.

Por lo que hablamos durante la cena, pude reunir al-
gunos datos de la historia del doctor, los cuales, juntos
a los que ya conocía, hacían que me interesara mucho
aquel anciano.

Su nombre era Reichter; Federico Reichter, natural de
Strasburgo. En la ciudad de las campanas había practi-
cado la Medicina con alguna reputación, hasta que su
amor a la ciencia, o por mejor decir, su rama favorita,
la Botánica, le hizo alejarse de su residencia junto al
Rhin. Llegó a los Estados Unidos, desde donde se diri-
gió hacia el lejano Oeste para clasificar la flora de aque-
lla remota región. Había empleado varios años en el gran
valle del Mississipi, pero al tropezar una vez con una de
las caravanas de San Luis, se unió a ella para cruzar
las praderas y llegar hasta el oasis del Nuevo Méjico.
En sus excursiones científicas a lo largo del Norte había
encontrado a los cazadores de cabelleras, y como por
este medio se le presentaba la oportunidad de penetrar
en regiones que hasta entonces no habían sido explora-
das por los amantes de la ciencia, se ofreció para acom-
pañar a la guerrilla. Este ofrecimiento fué aceptado
con alegría, por los servicios que podría prestar como
médico, y hacía dos años que formaba parte de aquella
extraña compañía, de cuyos trabajos y peligros partici-
paba en unión de los demás.

Había pasado por muchas escenas terribles, había su-

derosa.

Según, que sin duda quería cambiar de conversación, continuó:

—Es preciso que conozcáis a nuestros amigos los indios, puesto que vais a ser compañeros durante algún tiempo; pero ciudad de vuestro corazón cuando vais a la graciosa Luna. ¡Vicente!, corre a la tienda del jefe Coco y pregúntale si quiere venir a beber una copa de El Paso; dile también que le acompañe su hermana. Partió el criado, y hablamos sobre la habilidad del indio con su rifle.

—Nunca le he visto disparar—observó Seguin—sin dar en el blanco. Existe algo de misterioso en esto; su tiro es admirable y parece que, por su parte, es un acto puramente voluntario. Puede haber en su mente alguna regla segurísima independiente de su fortaleza nerviosa y de su penetrante vista. El y otra persona son los dos únicos seres que sé yo que poseen este poder singular.

La última parte de la observación de Seguin fué dicha por éste más bien como en soliloquio. Después permaneció silencioso durante algunos momentos y abstraído al parecer.

Antes de que volviéramos a reanudar la conversación, El Sol y su hermana entraron en la tienda, y Seguin nos presentó, dándonos a conocer los unos a los otros.

Pocos instantes después, el Sol, el doctor, Seguin y yo nos empujamos en una conversación animada. El asunto no fué caballos ni escopetas, caballeros ni guerra, sangre ni nada que tuviera la menor relación con nubes horribles de la pacífica ciencia de la botánica; las relaciones de las diferentes formas de la familia de los cactus. Había estudiado esta ciencia, pero vi que los conocimientos que poseía de ella eran inferiores a los de mis tres compañeros. Chocóme esta circunstancia, entonces, y mucho más después, cuando reflexioné en ello, en semejante conversación, en la flora, en el sitio y en los hombres que la manteníamos.

—Os lo explicaré, amigo mío. Ese hombre ha sido educado en una de las más célebres universidades de Europa; ha viajado quizás por mayor número de países que nosotros.

—¿Pero cómo ha podido un indio llevar a cabo esto?

—Por medio de lo que ha servido muchas veces a hombres muy pequeños (aunque El Sol no se cuenta en este número) a llevar a cabo grandes hechos, o por lo menos a obtener el crédito de haberlos conseguido. Por medio del oro.

—¡Oro! ¿De dónde lo ha sacado? Me han dicho que los indios poseen muy poco; que los blancos les han quitado el que poseían.

—Considerado en general esto es verdad; y también si nos referimos a los maricopas. Hubo un tiempo en el que poseían grandes riquezas, oro en inmensas cantidades y muchas perlas que pescaban en el mar Bermejo, pero ya no las tienen. Los padres jesuitas pueden decir dónde se encuentran.

—¿Y este hombre, El Sol?

—Es un jefe, y no ha perdido todo su oro. Conserva aún bastante para servirse de él, y no es probable que los jesuitas se lo lleven a cambio de cuentas de vidrio. No; he visto el mundo, y no desconoce cuál es el valor de ese brillante metal.

—Su hermana ¿ha recibido la misma educación?

—No; la pobre Luna continúa siendo salvaje, aunque él la instruye en muchas cosas. El Sol ha estado ausente durante muchos años; hace poco tiempo que ha vuelto a su tribu.

—¡Qué extraños nombres tienen: El Sol, La luna!

—Se los pusieron los españoles de Sonora; pero no son más que traducciones o sinónimos de sus nombres indios. En las fronteras es cosa corriente el hacer esto.

—¿Por qué están aquí?

Hice esta pregunta en tono vacilante, porque podrían existir razones para que no se me contestara.

—En parte—replicó Seguin—por gratitud, según creo, hacia mí. Rescaté a El Sol, cuando era un niño, del po-

La palabra Prieto había llegado a los oídos de todos como una música deliciosa. Era una palabra mágica; el nombre del mas que famoso río en cuyas aguas hacia mucho tiempo que habia colocado la leyenda de los tramperos. El Dorado; "la montaña de oro". Muchas historias de esta célebre región se habían contado en el campamento de los cazadores, y todos convenían en un punto, es decir, que en ella se encontraba el oro en pedacitos sobre la tierra, y llenaba los ríos con sus brillantes granos. Con mucha frecuencia habían tratado los tramperos sobre una expedición a aquella tierra desconocida, y hasta se sabia que habían penetrado en ella pequeñas partidas, pero nunca se habia visto volver a ninguna de ellas.—Mañana, pues, nos pondremos en marcha—añadió. Por fin se puso el sol y llegó la noche, que viene a ser casi lo mismo en aquellas latitudes. Después de añadirleña a las hogueras sentáronse los hombres alrededor de ellas y se pusieron a condimentar alimentos, comeros, fumar, hablar y reír de sus propias chanzas y chistes. A aquella luz cobraba mayor fuerza la salvable expresión de aquellos rostros. Las barbas parecían más negras y los dientes resataban por su blanqueza al lado de la oscuridad de aquellos rostros. Las barbas parecían más negras y los dientes resataban por su blanqueza al lado de

aquellas. Parecían más hundidos sus ojos, y sus reflejos mas brillantes que interiores. La mirada tropezaba allí con pintorescos trajes; turbantes, sombreros de ala anchísima, plumas y prendas bordadas de todos colores; escoteas y rifles apoyados contra los árboles; sillas de montar sobre leños, bridas colgadas de las ramas, cuerdas de carne ahumada suspendidas delante de las tiendas, y lonjas de venado humeantes aún y gotecando sangregre medio coagulada.

El bermellón con que estaba pintada la frente de los indios brillaba como si fuera sangre.

CAPITULO XXII

El Soy y la Luna.

—Venid—me dijo Seguin tocándome en el brazo; nuestra cena está lista, porque desde aquí veo al doctor haciéndonos señas para que vayamos.

Obedecí al instante a aquella insinuación porque el aire fresco de la noche había aguzado mi apetito.

Nos aproximamos a la tienda delante de la cual ardía una hoguera que estaba utilizando el doctor, con la ayuda de Godé y un peón, para dar el último toque a una cena suculenta. Una parte de ésta había sido ya llevada a la tienda, por lo cual la seguimos y tomamos asiento sobre sillas de montar, mantas y fardos.

—Vaya, doctor—dijo Seguin—, nos estáis mostrando esta noche que sois un verdadero profesor del arte culinario. Esta cena es digna de un Lúculo.

—¡Ah, capitán! No me atribuyáis toda la gloria; el auxilio que me ha prestado el señor Godé ha sido notabilísimo.

—Está bien, Mr. Haller y yo, haremos cumplida justicia a vuestros manjares. Empecemos a juzgarlos.

—Sí, sí, señor capitán, tenéis razón—dijo Godé, dándose prisa a presentarnos una porción de platos.

El canadiense estaba en su elemento cuando había mucho que guisar y comer.

En un momento empeñamos la batalla contra trozos de búfalo, costillas de venado, lenguas secas, tortillas y café.

El café y otras frioleras habían sido preparados por los peones, que lo entendían mucho mejor que Godé.

Pero el canadiense tenía su manjar, en el que había empleado toda su habilidad. Nos lo presentó con aire de triunfo al mismo tiempo que nos decía:

—Aquí tenéis esto, señores.

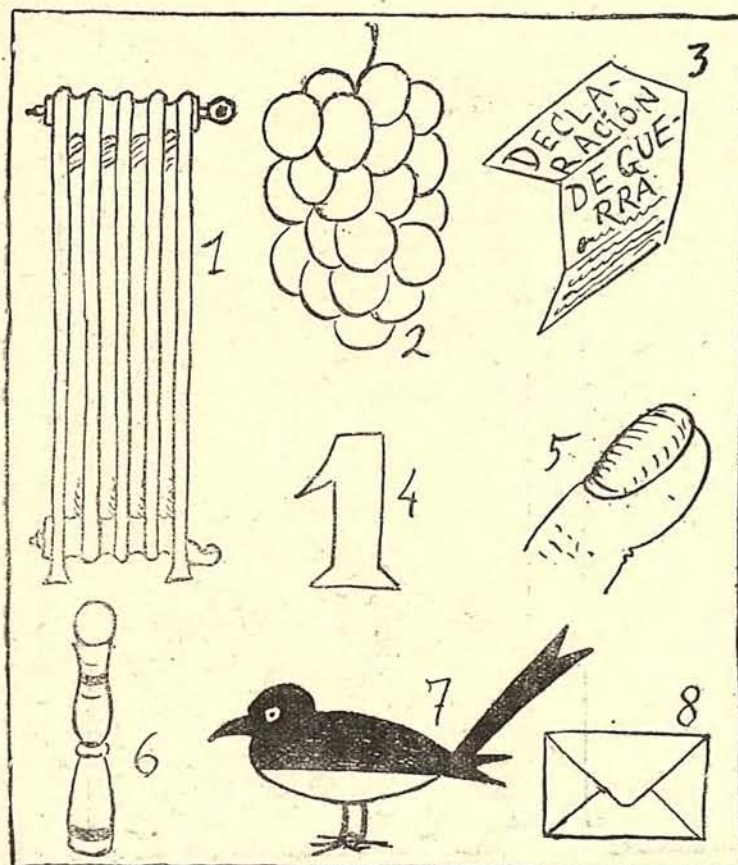
—¿Y qué es esto, Godé?—le pregunté.

—Una fritada, señor.

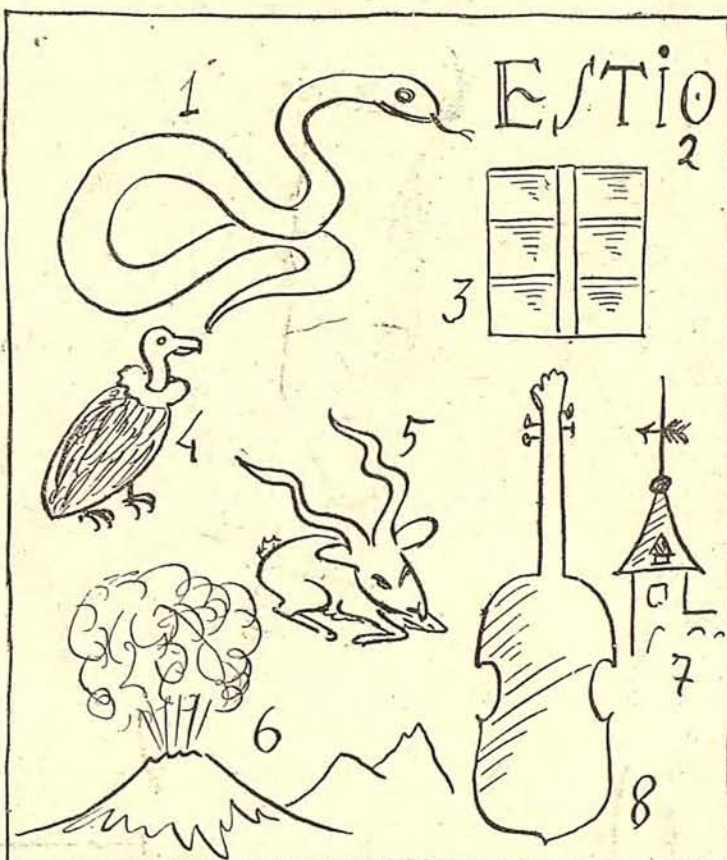
—¿De qué?

página del gato adivino

PASATIEMPOS DE 24 LETRAS
Y DE 12 VILLACABALLENCES ROTOS



CUADRO NUM. 21: LA U



CUADRO NUM. 22: LA V

Averiguar los números de las CINCO cosas que en el cuadro núm. 21 empiezan por U, y los de las CINCO que en el cuadro número 22 empiezan por V, y remitirnos las soluciones después de ser publicado el cuadro núm. 24, y junto con los doce villacaballenses rotos que se publican aparte, siempre que se remitan ya compuestos. Premios: Para rifar entre las niñas que acierten, maleta con preciosa y riquísima batería de cocina infantil, armario de labores con un maniquí y dos paquetes de libros. Para los niños, gran caja de soldados de plomo, camión automóvil y dos paquetes de libros. Han de remitirse las 36 soluciones JUNTAS en la forma que se indicará en el próximo número.

Concurso de postín

LA FRASE DE DON QUIJOTE

Averiguar en cuál de los tres capítulos XXXIII, XXXIV y XXXV de la segunda parte de la grandiosa obra de Cervantes, dice Don Quijote las siguientes palabras:

"... que aquí tengo el alma atravesada en la garganta como una nuez de ballesta."

Búsquense las bases en el número 19, y el cupón en el número 30.

Premio único: Una bicicleta, una muñeca de trapo, un bolsito y 1.000 pesetas.

L A R A Z A

L A M E J O R R E V I S T A

LAS MEJORES FIRMAS :: LA DE MEJORES

PREMIOS :: LAS MEJORES FOTOGRAFIAS

LA DE MAS ACTUALIDAD :: LA MAS AMENA

LOS JUEVES

40 CTS.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

EL DE LAS PREGUNTAS



(Véase en el interior la sección titulada "El de las preguntas".)